

Lo Que Nos Motiva A Temer A Dios Y Amar La Justicia

Martín Lutero

Sermón para el Día de San Juan, Apóstol y Evangelista.

Fecha: Año 1521/1522

Texto: Eclesiástico 15:1-6 2. *El que teme a Dios, hará el bien, y el que se atiene a la justicia, la abrazará. Como una madre de honores, ella le saldrá al encuentro, y como es esposa virgen le acogeré. Le alimentará con el pan de vida y de inteligencia, y le abrevará con el agua de salutífera sabiduría; cobrará firmeza en él, y no permitirá que sea doblegado. Le sostendrá de manera que no será confundido, y le exaltará ante sus prójimos. En medio de la asamblea le abrirá la boca; le llenará con el espíritu de sabiduría y de inteligencia, y le vestirá con el vestido de gloria. Alegría y gozo atesorará sobre él, y le dará en herencia un nombre eterno.*

Introducción

Esta Epístola no tiene carácter de enseñanza, sino de alabanza: no nos dice qué es el bien ni cómo hay que hacerlo, sino que describe lo que sucede con los que hacen el bien. En otras palabras: nuestra Epístola es un estímulo y una exhortación a hacer el bien ya conocido de antemano. Esta diferencia entre enseñanza y exhortación la hace también San Pablo en Romanos 12: 7,8, donde divide todas las predicaciones en dos grupos; a unas las llama enseñanza, y a las otras, exhortación. La enseñanza le comunica a uno lo que todavía no sabe; le "da" algo. La exhortación estimula, incita y despierta, a fin de que la enseñanza no acabe simplemente en un saber ocioso; además le brinda al hombre consuelo, para que siga adelante y no desfallezca. Por lo tanto, esta parte de la predicación, es decir, el exhortar, es más fácil que el enseñar; sin embargo, es muy necesario y de suma utilidad.

Ahora bien: el que quiera estimular, despertar, consolar y exhortar a una persona, tiene que presentarle algo que pueda servirle de motivo: tiene que mostrarle qué cosa más necesaria, útil, loable y honrosa es hacer tal y tal obra, y por el contrario, lo perjudicial y vergonzoso que es no hacerla. Y esto es precisamente lo que ocurre en nuestra Epístola: aquí se nos muestra cuan rica en frutos provechosos y honrosos es la vida de quienes temen a Dios y aman la justicia; y esto es lo que queremos ver a continuación.

Nuestro texto no se detiene en detallar qué es el temor de Dios y la justicia. Pero ya lo hemos explicado muchas veces, a saber: temer a Dios significa que el hombre no se basa en sí mismo ni en lo suyo; que no confía jactanciosamente en su honor, poder, riquezas, fuerza, renombre y saber, ni tampoco en sus buenas obras y su vida piadosa. Antes bien, en todas estas cosas, su empeño permanente es no cometer pecados. Y hay más: el que teme a Dios, lo hace porque sabe que si Dios quisiera aplicarle todo el rigor de su justo juicio, estaría mil veces perdido. Por esto se abstiene de todo engreimiento, no trata con desprecio ni siquiera al hombre de ínfima condición, sino que observa la debida modestia y deferencia en su conducta y en todo cuanto emprende; no ama la ostentación, no pretende tener siempre la última palabra, y gustosamente admite razones y correcciones. Y esa modestia y humildad hacen que todas sus obras sean buenas; pues San Pedro dice en su primera carta, capítulo 5 (v. 5): "Dios resiste a los

soberbios y da su gracia a los humildes"; y lo que hace el que así goza de la gracia de Dios, está todo bien hecho.

Así pues, como hemos oído, la justicia no es otra cosa que la fe, cuya característica es la siguiente: En primer lugar, por cuanto nadie puede subsistir ante el juicio de Dios, y por cuanto el hombre, en todo lo que es y hace, tiene que vivir en permanente temor— por tanto, este temor le impulsa a buscar y hallar algo fuera de su propia esfera personal en que pueda depositar su confianza y con que pueda defenderse, y ese algo no puede ser sino la libre misericordia de Dios que nos es ofrecida y prometida en virtud de la obra de Cristo. Esa confianza, esa fe y esperanza es lo que hace al hombre justo y aceptable a los ojos de Dios, como dice San Pablo en Romanos capítulo 1 (v. 17): "El justo vive por su fe". Así, pues, por una parte el hombre se llena de temor cuando mira a lo suyo, y aparece ante el juicio de Dios como quien tiene en sí mismo nada más que pecados; pero por la otra parte se llena de consuelo al mirar a lo ajeno, es decir, la gracia de Dios, y aparece ante esta gracia como quien ha alcanzado justicia perfecta. Por consiguiente, estas dos cosas deben permanecer unidas una con la otra: el juicio y la gracia, el temor y la confianza. El juicio debe producir temor, la gracia debe producir confianza. El temor hace que desesperemos de nosotros mismos y de todo lo que es nuestro, a causa del juicio. La confianza en cambio hace que nos aferremos a Dios y a todo lo que es de Dios, de modo que no nos gloriemos de ningún bien nuestro, sino solamente de los bienes de Dios. Así se cumple entonces lo dicho en el Salmo 147 (v. 11): "Dios se complace en los que le temen, y en los que esperan en su misericordia".

Si esa fe es fe verdadera, hará al prójimo así como cree que Dios le ha hecho y sigue haciendo a ella. Es decir: el hombre que tiene esta fe verdadera, se guía por la gracia divina en todos los pasos que da. Gustosamente perdona a su prójimo. Le soporta con toda paciencia. Le saca de su existencia miserable y le hace partícipe de sus propios bienes. Le da a disfrutar todo cuanto él mismo posee, y no le niega nada. Le pone a disposición su cuerpo y su vida, su fortuna y su reputación, así como Dios se los pone a disposición a él. Pues el tal hombre cree que Dios le hace todo esto de pura gracia, sin tomar en cuenta su total indignidad— y en efecto, Dios actúa exactamente así como aquel hombre cree. Por ende: tal como Dios se brinda por entero al creyente y le inunda con sus bienes divinos, no reparando en la indignidad del hombre, así el creyente a su vez se brinda por entero a su prójimo y derrama sobre él todo cuanto posee, sin reparar en que ese prójimo quizás sea su enemigo o una persona que no se lo merece. El creyente tiene también la certeza de que jamás se vaciará del todo: cuanto más le llena la copa a su prójimo, tanto más le llena Dios la suya propia, y cuanto más colma a sus prójimos de sus bienes, tanto más se colma él mismo de los bienes divinos.

He aquí, ésta es la fe genuina y verdadera que hace al hombre justo ante los ojos de Dios; ésta es la justicia cristiana que recibe dones desde lo alto y que emana desde lo profundo como lo ejemplifica la Escritura en Jueces 1 (v. 13 y sigtes.); allí se nos dice que el venerable padre Caleb dio a su hija A esa las fuentes de arriba y las fuentes de abajo, es decir, una tierra con manantiales en sus dos extremos, garantía de feracidad y abundantes cosechas. Esto, como ya queda dicho, es la fe, de la cual nunca se podrá predicar en demasía. "Acsa" significa en nuestra lengua "un adorno que se lleva en los zapatos", y es la niña Margarita con los zapatitos rojos, la hijita de Dios, el alma creyente que camina en hermosos zapatos rojos tachonados con oro, a lo cual alude San Pablo en Efesios capítulo 6 (v. 15) al decir: "Vuestros pies estén calzados" — ¿con qué?— "con el apresto del evangelio de la paz". Así, pues, cuando el corazón anda en el evangelio y vive en esta palabra divina mediante la fe, entonces ese corazón es "Acsa", Margarita la de los zapatos hermosos, como dice también Salomón a la Novia en el Cantar de los Cantares capítulo 7: "¡Qué bien te queda tu andar en tus sandalias, oh tierna hija de príncipe!".

Veamos ahora los motivos que sirven de impulso y estímulo para tal temor de Dios y justicia.

El primer motivo: Hacer el bien.

Todo el mundo habla de hacer el bien. Pero ¿quieres saber cómo hacerlo? Entonces escucha: no imites a los necios, que se fijan en las obras y tratan de evaluarlas para ver cuáles son buenas y cuáles no, estableciendo de esta manera una diferenciación entre una y otra. Con esta discriminación entre una obra y otra no llegarás a nada. Por lo tanto, no las clasifiques, sino tenías a todas por iguales; y en cambio, teme a Dios y sé justo (en el sentido que acabo de indicar), y luego haz lo que tu oficio te demandare. Entonces, todo cuanto hicieres es "hacer el bien", aunque no fuera más que cargar estiércol sobre tu carro para abonar la tierra, o picanear burros. Nuestro texto dice con palabras claras e inequívocas: "El que teme a Dios, hará el bien", haga lo que hiciere. Sus obras son buenas, no por el valor que pudieran tener en sí mismas, sino por el temor a Dios de quien las hace. ¡Qué declaración más consoladora: si temes a Dios, te llenarás tan rápida y tan completamente de buenas obras, que tu vida entera será una vida buena! Comer, beber, caminar, detenerse, mirar, escuchar, dormir, estar despierto: todo está bien hecho. ¿Quién no habría de sentirse estimulado a temer a Dios al pensar en las tan provechosas consecuencias que trae? Los que temen a Dios, son como ovejitas del Señor en las cuales no hay nada inútil: aún su estiércol sirve de abono a la tierra. En cambio, los que hacen distinción entre las obras, los que se creen santos por virtud de sus obras de propia elección, no hacen buena obra alguna. ¿Por qué no? Porque no temen a Dios; porque tienen un concepto muy exagerado de lo que ellos mismos son y hacen; porque no confían en Dios. Por esto son malas aun aquellas obras tuyas que ellos mismos consideran las más excelentes; pues sigue en vigencia la afirmación: "Si uno teme a Dios, sus obras son buenas; si uno no teme a Dios, sus obras no son buenas".

El segundo motivo: Abrazar la justicia.

Porque así dice el Eclesiástico: "El que se atiene a la justicia, la abrazará", lo que viene a ser lo mismo que lo expresado al comienzo, sólo en otras palabras. Atenerse a la justicia equivale a atenerse a la fe y perseverar en ella. El que persevera en la fe, abraza la justicia, de modo que la justicia llega a ser suya, con el resultado de que todo cuanto esta persona hace, todo su vivir, es justo. La justicia es ahora su posesión en la cual él habita como en una propiedad heredada. Por lo tanto: el que quiera practicar el bien y vivir una vida justa, tenga fe y aténgase a ella, y luego haga indiscriminadamente las obras que le vengan por delante en su quehacer cotidiano. Así tendrá la ventaja de no verse obligado a indagar y preguntar cómo estas obras llegan a ser justas: ya lo son en el instante mismo en que él las hace; y la justicia ya la tiene abrazada, sin larga búsqueda o elección o selección, por el solo hecho de que él se atiene a ella por medio de la fe.

Los incrédulos en cambio, por no atenerse a la fe, tampoco abrazan la justicia, y por consiguiente, no pueden evitar que la justicia huya de sus obras, por más que traten de atraparla, como huyen las moscas del perro que les da caza. Así les pasó a los judíos, como dice San Pablo en Romanos capítulo 10: "Israel va tras la justicia, mas no la alcanza". Como quien corre tras su propia sombra, así esa gente quiere cazar la justicia mediante sus obras. Pero la justicia se les escapa, no se deja atrapar, y eso porque ellos mismos no se dejaron atrapar antes por la fe ni se atuvieron de este modo a la justicia. Si lo hubieran hecho, habrían abrazado la justicia, y ésta habría adornado todas sus obras. En otras palabras: su sombra, en vez de escapárseles, les seguiría.

El tercer motivo: Como una madre de honores, ella le saldrá al encuentro.

¿Qué significará esto? Es una forma de hablar propia del idioma hebreo. En hebreo suele decirse: éste es un hijo de sabiduría, aquéllos son hijos de maldad, o hijos de ira, o hijos de condenación. Análogamente se habla aquí de un "hijo de justicia". Y bien: el que es un hijo de pecado o un hijo de injusticia, tiene una "madre de ignominia". De una madre tal, el hijo no puede alegrarse; al contrario: tiene que avergonzarse de ella. En cambio, el que es un hijo de justicia, tiene una "madre de honores" en la cual bien puede gloriarse y deleitarse; pues también una madre carnal, si es una mujer irreprochable, es para su hijo una honra, una gloria y un consuelo. Y por otra parte, la madre es una deshonor para su hijo si es una mujer de mala fama, de modo que casi no existe afrenta más grave que cuando a uno se le echa en cara la ruindad de su madre y se lo tilda de hijo bastardo o mal nacido.

En nuestro texto, el sabio varón Sirá destaca que la justicia recibe a su hijo con la mayor amabilidad, como una madre recibe a su hijo a cuyo encuentro salió: por él, esa madre está dispuesta en todo momento a hacer de corazón cuanto esté al alcance de sus fuerzas. Con esto, el autor de nuestro texto quiere demostrar qué seguridad más grande, qué consuelo, paz, alegría y honra experimenta el corazón humano, también ante Dios, por medio de la fe. Pues una madre carnal acaricia y besa a su hijo, le toma en sus brazos, y no tiene mayor anhelo que salir siempre a su encuentro y anticiparse a sus deseos; en verdad, no hay afecto que iguale al que siente una madre por su hijo. Tal es el caso también con la justicia: ella abraza al hombre, le protege, sale a su encuentro y se pone a su disposición en todas las cosas, de modo que el hombre goza de seguridad y paz en su corazón, disfruta de altos honores, y se puede gloriarse en ello delante de Dios, porque la justicia es una madre de honores".

El cuarto motivo: Como esposa virgen le acogerá.

Y esto a su vez, ¿qué significará? Es una reiteración en otras palabras de lo antedicho, para recalcar la gran solicitud que la justicia tiene para con su hijo. A tal efecto, el autor compara el sentir de la justicia con el de una recién casada: lo que siente hacia su esposo la joven que acaba de iniciar su nueva vida de mujer— esto es lo que la justicia siente hacia su hijo. Lo que son los sentimientos que anidan en el pecho de tal esposa, que lo digan quienes lo han experimentado; además, se oye comentar a menudo que no hay amor y cuidado más fervoroso que el de una joven recién casada hacia su esposo. Las Sagradas Escrituras mismas abundan en alusiones al amor conyugal. Por esto, el Eclesiástico llama a la justicia "una esposa virgen" que acaba de entrar en el estado matrimonial sin haber conocido anteriormente amor, de hombre; pues si una viuda vuelve a casarse, no tiene hacia su nuevo esposo el mismo sentir, porque la convivencia conyugal no es ya cosa desconocida para ella.

Uno se queda realmente admirado ante el acierto y la profundidad de lo que expone aquí el sabio Sirá. ¡Qué poderoso estímulo para la fe y el temor a Dios emana de sus palabras! ¿Qué ejemplos más convincentes que éstos podría haber presentado: el sentimiento de una buena madre para con su hijo, y el de una esposa virgen para con su esposo? Por su misma naturaleza, la mujer muestra mayor inclinación hacia el amor y el solícito afecto que el varón. De los ejemplos citados se desprende por lo tanto que ese favor, amor y cuidado que la justicia tiene para con nosotros, no lo podemos ganar con nuestras obras. Todo esto hay que sentirlo en el corazón. Así es entonces como la conciencia, fundada en la fe, encuentra en la justicia toda esa seguridad, gozo y amor que el niño puede hallar en su madre, y el esposo en su esposa virgen.

El quinto motivo: Le alimentará con el pan de vida y de inteligencia.

Esto equivale a decir: le alimentará con vida e inteligencia. Y el significado es el siguiente: Así como el pan de cada día no sólo da al cuerpo el sostén mínimo indispensable, sino que también le brinda alimento en abundancia de modo que crece y aumenta, se mantiene sano y con buen aspecto, y adquiere robustez y energía para el trabajo, así también la justicia nutre al hombre de manera que día a día crece espiritualmente y adquiere más y más entendimiento tanto en las cosas divinas como también en otras, gracias a las experiencias que va acumulando. Pues al que es falta de experiencia, todo le resulta ininteligible. No así al hombre alimentado por la justicia: todo lo que su vista percibe, le sirve para elevar su espíritu y ampliar su saber; no puede sino llenarse de vida y de inteligencia, máxime si se ocupa en las Escrituras.

De esta manera, Salomón adquirió multitud de conocimientos, como lo evidencian sus Proverbios y el Cantar de los Cantares. Con justa razón, empero, nuestro texto asigna a la vida el primer lugar, y a la inteligencia el segundo. Pues la inteligencia sin vida carece de valor. Y a su vez, en la inteligencia que aquí se menciona no debemos ver el entendimiento en cosas terrenales, que nos lo pueden proveer también los gentiles y la razón natural, sino el entendimiento en cosas espirituales y divinas, que nos es provisto por la fe, esa fe que despierta nuestra alma para una nueva vida ante Dios, y le enseña lo que ha de saber para alcanzar la bienaventuranza eterna.

El sexto motivo: Y le abrevará con el agita de salutífera sabiduría.

Estas palabras son una continuación del tema que acabamos de tratar. También ellas hablan del crecimiento en el espíritu, con énfasis especial en la sabiduría salutífera, y con exclusión de la sabiduría del mundo y de los hombres, que no es salutífera. Lo que se dijo respecto del alimentar, puede decirse también respecto del abrevar: El hombre extrae sabiduría de todo cuanto le acontece; todo lo que hay en el cielo y en la tierra ha de ser para él como una pradera en que su espíritu se apacienta. Mas la pradera por excelencia es la Escritura; allí, sólo allí el hombre hallará la sabiduría salutífera y el alimento para su alma.

El séptimo motivo: Cobrará firmeza en él.

Hasta este punto, el Eclesiástico enumeró las utilidades y los frutos que la justicia le brinda al hombre en tiempos de paz y para su propia persona. Ahora pasa a relatar qué provecho le trae la justicia en tiempos de lucha y frente a sus adversarios. "Cobraré firmeza en él", dice; esto es: la justicia da al hombre vigor y firmeza, con lo que le capacita no sólo para recibir los bienes antes mencionados, sino también para salvaguardarlos y retenerlos en todos aquellos trances en que alguien o algo se los quiera arrebatar. Con esto, el sabio Sirá reconoce que quien teme a Dios y quiere vivir conforme a Su voluntad, tendrá que arrostrar duros trabajos, luchas y desventuras de toda índole. La cruz no habrá de estar ausente, como lo asevera también San Pablo en Hechos capítulo 14 (v. 22): "Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de los cielos".

Con estas palabras, nuestro texto hace frente a los flojos y pusilánimes, que aceptan de buen grado tales estímulos y beneficios, pero se quejan amargamente de tener que empeñar en ello su fortuna y honor, su cuerpo y vida y todo lo que poseen. El sabio Sirá no niega esta realidad. Tampoco piensa en; quitarla de en medio ni en ofrecer un consuelo dulzón. Antes bien, robustece el ánimo y le confiere un temple viril contra todas las dificultades. Su consuelo es que

la justicia dará al hombre que se atiene a ella valor suficiente, firmeza y tenacidad, de modo que podrá soportar con ánimo sereno los trabajos, las luchas y las desventuras.

El octavo motivo: No permitirá que sea doblegado.

Esto es lo mismo que decir que "cobraré firmeza en él". Si adquieres una fortaleza tal que lo puedes superar todo, ¿qué más quieres? Los que basan su justicia en sus propias obras, no poseen esta fortaleza, no resisten; no hay en ellos nada de firmeza, sino sólo un débil inclinarse y sucumbir. ¿Por qué? Porque están demasiado apegados a lo suyo. Esto, sin embargo, les puede ser quitado; y quien se lo quita, se lo lleva junto a ellos mismos. Pero la justicia cristiana que proviene de la fe está apegada a la misericordia de Dios. Ésta no la puede quitar nadie. Y a los que están apegados a ella, tampoco los puede quitar nadie, aunque les arrebaten todo lo demás.

El noveno motivo: Le sostendrá.

Esto es: mantendrá en alto su buen nombre. Con esto, el sabio Sirá reconoce que el hombre creyente y temeroso de Dios no sólo tendrá que padecer muchos infortunios, sino que éstos le acarrearán, además, oprobio y vergüenza; pues la tribulación peculiar de los cristianos no es el tener que padecer males como los padecen también muchas otras personas, sino el sufrir afrentosa y vergonzosamente como los peores malhechores, como fue el caso también con la pasión de Cristo. Ese padecimiento —o esa cruz— del cristiano no afecta tanto el honor civil sino el honor que se debe tener en la propia conciencia y ante Dios. Así es como fueron muertos todos los mártires: no como si hubiesen incurrido en un delito ignominioso penado por la ley civil, sino como si hubieran sido enemigos y blasfemadores de Dios. Para que nadie quede aterrado ante esta realidad, el autor de nuestro texto aporta su consuelo y su estímulo, afirmando que quien tiene fe, será sostenido y guardará incólume su buen nombre ante Dios y el mundo.

El décimo motivo: La justicia no permitirá que sea confundido.

Con esto se repite y al mismo tiempo se clarifica lo antedicho: La justicia permite que el creyente sea atacado por oprobio y vergüenza, para que quede en evidencia el gran poder que la justicia tiene; pero no permitirá que el hombre permanezca por siempre en el oprobio, ni que sucumba a la vergüenza —siempre que se atenga a la justicia, como lo afirma también el Libro de la Sabiduría, capítulo 10: "La Sabiduría hace que el justo quede envuelto en un duro combate para enseñarle que la piedad contra todo prevalece". El justo tiene que ser sometido a pruebas; no puede eludir el oprobio, no puede evitar tampoco que la vergüenza le hiera dolorosamente el corazón infundiéndole temor y temblor, como si Dios hubiera retirado de él su mano protectora. Pero en tales momentos, la justicia acude en auxilio del hombre creyente para que cobre una firme confianza, y de esta manera le sostiene de modo que puede hollar la vergüenza con sus pies, cosas todas que están muy lejos del alcance de quienes se creen justos ante Dios por virtud de sus propias obras y méritos.

El decimoprimer motivo: Le exaltará ante sus prójimos.

Esto quiere decir: tales pruebas y luchas hacen que el creyente llegue a ser tanto más conocido y renombrado entre la demás gente, hecho al que alude también San Pablo al recalcar que el surgimiento de sectas pone de manifiesto quiénes son los cristianos aprobados. En efecto: las tribulaciones y tentaciones que el justo tiene que padecer, le confieren notoriedad y prestigio

entre sus prójimos, de modo que se le exalta y estima. En cambio, los que se glorían en la perfección de sus obras, pasan desapercibidos; por ser un pueblo no probado, son también un pueblo inexperto. Sólo andan en lo suyo propio, de los bienes y de las obras de Dios no saben contar una palabra.

El decimosegundo motivo: En medio de la asamblea le amará la boca.

Esto es: el que teme a Dios y se atiene a la justicia, llegará a ser un buen predicador y maestro. Pues su fe le brinda un conocimiento correcto de todas las cosas, y las pruebas a que estuvo expuesto y lo está aún, le confieren experiencia. Habiendo adquirido así certeza para sí mismo, puede hablar también con plena convicción a otros e instruir a los demás. Bien dice al respecto Juan Tauler¹: "Un hombre creyente podría juzgar y enseñar al mundo entero" 12. Sin tales pruebas y tentaciones, nadie se hará un buen predicador; no pasará de ser un charlatán, ignorando él mismo qué y para qué está hablando, como dice San Pablo en 1ª Timoteo 1 (v. 7): "Quieren ser predicadores- de las Escrituras, y no entienden ni lo que hablan ni lo que afirman" — en otras palabras: son unos parlanchines inútiles.

El decimotercer motivo: Le llenará con el espíritu de sabiduría y de inteligencia.

Un poco antes, el Eclesiástico había dicho: "Le alimentará con el pan de vida y de inteligencia, y le abrevará con el agua de salutífera sabiduría". Aquello se refiere al tiempo anterior a la tentación, cuando el hombre es un simple receptor de los dones divinos, sin haber experimentado aún personalmente todo el inmenso valor que estos dones tienen. Pero después de la tentación, cuando el hombre ha sido probado y aprobado, no sólo es llenado con los dones de sabiduría y de inteligencia, sino también con el Dador de dichos dones, el Espíritu Santo mismo, y es hecho enteramente perfecto. No que antes el Espíritu Santo no haya estado en él —pues donde están sus dones, allí está también él mismo en persona. Pero el hecho es que el hombre aún no experimentado todavía no ha llegado a una altura en que pueda discernir y sentir la presencia del Espíritu. Esta capacidad sólo la alcanza una vez que ha sido probado y aprobado. Entonces sí es llenado del Espíritu, Fuente de toda buena dádiva, de modo que de ahí en adelante, los dones no sólo le aprovechan a él mismo, como en el tiempo anterior a la tentación, sino que ahora él ya no hace otra cosa que traer provecho a los demás, con el resultado de que por su intermedio, ellos alcanzan la misma gracia divina que él alcanzó. Antes, como ya se dijo, este hombre fue de provecho material para sus prójimos, derramando sobre ellos sus bienes, impulsado por su fe y los dones que había recibido de Dios; pero con aquello todavía no hizo a sus prójimos un beneficio espiritual, sino meramente corporal. Ahora empero, después de la tentación, viene el Espíritu y hace que el hombre, experimentado ya, no sólo sea alimentado con el pan de sabiduría e inteligencia como antes, sino que a su vez abra su boca y alimente a otros con sabiduría e inteligencia, ayudándoles así espiritualmente. Esto lo vemos con toda claridad en los apóstoles: antes de la pasión de Cristo no eran más que huéspedes del Señor: comían y bebían de su divina sabiduría e inteligencia, y eran rectos en su vivir, pero todo ocurría dentro de su propio estrecho círculo. Después de la resurrección de Cristo en cambio, los huéspedes se convirtieron en hospeda-dores que dieron de comer a otros y los guiaban en la senda recta mediante el espíritu de

¹ Juan Tauler, místico alemán nac. en Estrasburgo alrededor del año 1300 y m. en la misma ciudad el 15 de junio de 1361. Monje dominico desde 1315, desarrolló una notable actividad como predicador y guía espiritual en Estrasburgo, Colonia y Basilea

sabiduría y de inteligencia de que fueron llenados después de que hubieron pasado por las pruebas.

El decimocuarto motivo: Le vestirá con el vestido de gloria,

Esto significa: la justicia conferirá al hombre temeroso de Dios una buena fama entre sus semejantes. En este sentido dice el Señor a David: "He engrandecido tu nombre". El justo gozará de la distinción de que todo el mundo piensa y habla de él como de un hombre de bien, a causa de su sabiduría e inteligencia. Pues esto es lo que quiere decir aquí el término "gloria": palabras de elogio y de alabanza por parte de los hombres. A esto lo llama Sirá "un vestido", porque luce más que cualquier joya y adorno.

El decimoquinto motivo: Alegría y gozo atesorará sobre él.

Hasta ahora, el sabio Sirá habló de los beneficios que el creyente obtiene en esta vida terrenal. En estas palabras finales menciona lo que le espera en el más allá: alegría y gozo eternos. He aquí la riqueza que la justicia atesora sobre el hombre que teme a Dios: una riqueza que nunca se acabará.

El decimosexto motivo: Le dará en herencia un nombre eterno.

Esto es: la memoria del justo no sólo se honrará en esta vida, sino que perdurará aún después de su muerte. A todo esto aspiran los que se jactan de sus propias buenas obras, mas no lo alcanzan, puesto que no temen a Dios ni se atienen a la justicia que proviene de la fe.

Considera, pues, cuan sublimes son estos frutos, y cuan grande su provecho. ¿Cómo no habrían de consolarnos y de exhortarnos a que perseveremos en la fe y en el temor de Dios? No 'hice de ellos más que una reseña superficial; quien quisiera describirlos con la amplitud debida, tendría que dedicar un largo sermón a cada punto en particular. Tampoco debe entenderse lo dicho aquí en el sentido de que por causa de estas cosas se deba temer a Dios o creer en él, o que mediante la fe se tengan que buscar los frutos mencionados. Tal proceder sería del todo equivocado. Las palabras del Eclesiástico que acabo de comentar no fueron escritas para que busquemos o ansiemos lo que prometen, sino para enseñarnos que tales son los resultados que se manifiestan en la vida de los que temen a Dios. Y precisamente los que no buscan dichos resultados, son los únicos que los encuentran, o sea: a los que temen a Dios, no apegándose a lo suyo propio, sino ateniéndose exclusivamente a la gracia divina, a éstos los frutos de la justicia les seguirán sin que los hayan buscado, cosa que los que confían en sus propias obras no alcanzarán jamás, pesé a su incansable correr.

Por otra parte, esta Epístola concuerda también a la perfección con el Evangelio. En la Epístola se acaba de decirnos que la justicia recibirá al hombre como una madre de honores recibe a su hijo, y como una esposa virgen acoge a su esposo. En el Evangelio se nos relata cómo Cristo hizo recostar a Juan al lado suyo y le trató como "el discípulo a quien amaba". Ambos pasajes ensalzan la fe y nos muestran cuáles son sus propiedades.